

19 de julio. XVI domingo de tiempo ordinario

En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?" Él les dijo: "Un enemigo lo ha hecho." Los criados le preguntaron: "¿Quieres que vayamos a arrancarla?" Pero él les respondió: "No, que, al arrancar la cizaña, podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la siega, diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero."»

Les propuso esta otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas y vienen los pájaros a anidar en sus ramas.»

Les dijo otra parábola: «El reino de los cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente.»

Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré los secretos desde la fundación del mundo.»

Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Acláranos la parábola de la cizaña en el campo.»

Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo

mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será el fin del tiempo: el Hijo del Hombre enviará sus ángeles y arrancarán de su reino a todos los corruptos y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su padre. El que tenga oídos, que oiga.»
(Mateo 13,24-43)

1. ¿Qué dice la Palabra?

El pasado domingo nos introducíamos en el llamado «discurso en parábolas» del Evangelio de San Mateo. Hoy se nos ofrecen otras tres, una más extensa y luego explicada a los discípulos, la de la cizaña y el trigo, y otras dos, más breves, en las que Jesús compara el crecimiento del Reino de Dios con el de la semilla de la mostaza y su acción transformadora con la de la levadura que fermenta toda la masa del pan.

Nos centramos en el comentario a la parábola de la cizaña, toda una alegoría sobre la paciencia de Dios y nuestra impaciencia.

La parábola se desarrolla en torno al fuerte contraste de dos realidades opuestas, el bien y el mal, que han de convivir hasta la victoria final del bien sobre el mal, de la gracia sobre el pecado, de Dios sobre el Maligno: el trigo y la cizaña pueden estar juntas durante mucho tiempo —aún con detrimento de la primera—, pero al final serán separadas.

Ante el mal en el mundo —simbolizado en la cizaña—, nos extrañamos del proceder de Dios y nos gustaría que interviniera con su poder para colocar el mal en su lugar y exaltar a los buenos, pero no parece suceder nada.

Vemos que aunque la semilla es de buena calidad hay cosas a su alrededor que la ahogan y quizás el rendimiento no sea igual, por eso nos ofrecemos a Dios: «¿quieres que vayamos a arrancar la cizaña?»

Pero Dios tiene otros planes, no quiere que hagamos cruzadas contra los enemigos del Reino, el mal y el bien convivirán hasta el juicio final, entre otras cosas porque —

esto no lo dice la parábola, pero lo enseña Jesús con su vida— es posible que la cizaña se convierta en trigo, que los malos se conviertan a quien les hace buenos...

Esto no debe desanimar a los discípulos: de ninguna manera deberán ceder ante los ataques del mal, por el contrario tendrán que mantener una vigilancia activa y sostener un esfuerzo grande de evangelización.

Hay una luz de esperanza: esta situación no durará para siempre. Es claro que no da lo mismo ser trigo que cizaña. De ahí que al final de los tiempos se hará un juicio. Por el destino final que tiene cada una de las semillas se comprende que con las decisiones y acciones de cada persona se pone en juego el propio futuro, el destino final.

Junto a este sentido de responsabilidad que debe tener cada persona, esta parábola nos deja una bellísima lección sobre la paciencia: así como el patrón, Dios le da tiempo a cada persona para que recapacite, y con esta actitud estará esperando por su conversión hasta el final, lo mismo debemos hacer con nuestros hermanos con los cuales hemos perdido la paciencia por sus pecados; hay que insistir, darles una oportunidad, esperar su conversión.

Finalmente, tengamos en cuenta que hay un segundo motivo importante por el cual el patrón no permite que se arranque la cizaña: nadie es completamente trigo, ni completamente cizaña. Por tanto no hay que caer en la actitud equivocada de quien separa tajantemente el mundo de los buenos y el mundo de los malos. En cada persona hay un poco de todo.

Más bien hay que examinarse continuamente y trabajar todos los días por la santidad. En fin, no nos corresponde a nosotros juzgar sino más bien revisarnos a nosotros mismos.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos la liturgia propone algunas parábolas evangélicas, es decir, breves narraciones que Jesús

utilizaba para anunciar a la multitud el reino de los cielos. Entre las parábolas presentes en el Evangelio de hoy, hay una que es más bien compleja, de la cual Jesús da explicaciones a los discípulos: es la del trigo y la cizaña, que afronta el problema del mal en el mundo y pone de relieve la paciencia de Dios (cf. Mt 13, 24-30.36-43). La escena tiene lugar en un campo donde el dueño siembra el trigo; pero una noche llega el enemigo y siembra la cizaña, término que en hebreo deriva de la misma raíz del nombre «Satanás» y remite al concepto de división. Todos sabemos que el demonio es un «sembrador de cizaña», aquel que siempre busca dividir a las personas, las familias, las naciones y los pueblos. Los servidores quisieran quitar inmediatamente la hierba mala, pero el dueño lo impide con esta motivación: «No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo» (Mt 13, 29). Porque todos sabemos que la cizaña, cuando crece, se parece mucho al trigo, y allí está el peligro que se confundan.

La enseñanza de la parábola es doble. Ante todo dice que el mal que hay en el mundo no proviene de Dios, sino de su enemigo, el Maligno. Es curioso, el maligno va de noche a sembrar la cizaña, en la oscuridad, en la confusión; él va donde no hay luz para sembrar la cizaña. Este enemigo es astuto: ha sembrado el mal en medio del bien, de tal modo que es imposible a nosotros hombres separarlos claramente; pero Dios, al final, podrá hacerlo.

Y aquí pasamos al segundo tema: la contraposición entre la impaciencia de los servidores y la paciente espera del propietario del campo, que representa a Dios. Nosotros a veces tenemos una gran prisa por juzgar, clasificar, poner de este lado a los buenos y del otro a los malos... Pero recordad la oración de ese hombre soberbio: «Oh Dios, te doy gracias porque yo soy bueno, no soy como los demás hombres, malos...» (cf. Lc 18, 11-12). Dios en cambio sabe esperar. Él mira el «campo» de la vida de cada persona con paciencia y misericordia: ve mucho mejor que nosotros la suciedad y el mal, pero ve también los brotes de bien y espera con confianza que maduren. Dios es paciente, sabe

esperar. Qué hermoso es esto: nuestro Dios es un padre paciente, que nos espera siempre y nos espera con el corazón en la mano para acogernos, para perdonarnos. Él nos perdona siempre si vamos a Él.

La actitud del propietario es la actitud de la esperanza fundada en la certeza de que el mal no tiene ni la primera ni la última palabra. Y es gracias a esta paciente esperanza de Dios que la cizaña misma, es decir el corazón malo con muchos pecados, al final puede llegar a ser buen trigo. Pero atención: la paciencia evangélica no es indiferencia al mal; no se puede crear confusión entre bien y mal. Ante la cizaña presente en el mundo, el discípulo del Señor está llamado a imitar la paciencia de Dios, alimentar la esperanza con el apoyo de una firme confianza en la victoria final del bien, es decir de Dios.

Al final, en efecto, el mal será quitado y eliminado: en el tiempo de la cosecha, es decir del juicio, los encargados de cosechar seguirán la orden del patrón separando la cizaña para quemarla (cf. Mt 13, 30). Ese día de la cosecha final el juez será Jesús, Aquél que ha sembrado el buen trigo en el mundo y que se ha convertido Él mismo en «grano de trigo», murió y resucitó. Al final todos seremos juzgados con la misma medida con la cual hemos juzgado: la misericordia que hemos usado hacia los demás será usada también con nosotros. Pidamos a la Virgen, nuestra Madre, que nos ayude a crecer en paciencia, esperanza y misericordia con todos los hermanos.

Papa Francisco. Angelus 20/07/2014

3. ¿Qué le decimos a Dios?

*“La cizaña está en mí,
a pesar de mi fe,
ella se transformará en trigo,
el día en que mi vida
será amor por el Espíritu Santo;
espero la conversión de mi Yo
que yo te pido”*

(Franck Widro)